

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

Obispado de Astorga.

SALE ESTE PERIODICO TODOS LOS JUEVES.

Se suscribe en esta ciudad en la redaccion del mismo y casa de D. Antonio Gullon: en Leon en la de los SS. Viuda é Hijos de Miñon.

PRECIO 24 RS. AL AÑO Y 6 POR TRIMESTRE FRANCO DE PORTE.

SECRETARÍA DE CÁMARA.

En los dias 8 y 29 de Mayo próximo tendrá lugar la celebracion del sínodo para los aspirantes á licencias de celebrar y confesar.

Los señores sacerdotes que se hallen comprendidos en la próroga acordada por el Ilmo. Prelado, que se publicó en el núm. 161 de este Boletin, deberán presentarse en uno de los dos sínodos espresados, para obtener la renovacion de sus licencias. Lo que de órden de S. S. I. se recuerda á los interesados. Astorga 29 de Abril de 1856 = Lic. *Juan José Fernandez*, Secretario.

Ministerio de la Gobernacion.

Vista una comunicacion del Go-

bernador civil de Badajoz, consultando, si á pesar de estar prohibido por repetidas disposiciones el depósito de cadáveres en las Iglesias, podría permitirse en capillas independientes de aquellas; oido el Consejo de Sanidad, y de conformidad con su dictámen, se ha servido mandar S. M. la Reina (Q. D. G.) que se permita el depósito de cadáveres, por solo el tiempo que la ciencia aconseja y que es compatible con la salud pública, en capillas independientes de las Iglesias en épocas normales ó en que no aflija al pais alguna epidemia, siempre que las capillas se hallen enteramente separadas de los templos, que no esten habilitadas para el culto, ni por otro motivo tengan entrada los fieles, y que se observen con todo rigor las precauciones higiénicas de ventilacion y purificacion. Es tambien la volun-

Real de S. M. que esta disposicion quede sometida á lo que ordene el reglamento de sanidad interior que ha de publicarse como lo prescribe el art. 98 de la ley de 28 de Noviembre del año anterior.

De Real orden lo digo á V. S. para su conocimiento y demás efectos consiguientes. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 14 de Abril de 1856.—Escosura.

LA VERDADERA CARIDAD

solo está en la Iglesia católica.

«El catolicismo es amor, por que Dios es amor» ha dicho un ingenio sublime de nuestros dias, el malogrado Donoso Cortés. El carácter y distintivo del cristianismo es la caridad. La union ó mas bien la unidad de todos los entendimientos y de todos los corazones, divididos antes de la venida de Jesucristo por el orgullo y egoismo que los dominaba, fué sin duda el próximo fin que se propuso el Hombre-Dios en la redencion del género humano, sus ejemplos, sus consejos, sus preceptos conspiraron siempre á fomentar la fraternidad universal, el amor mútuo de todos los hombres; su mas constante anhelo fue gravar en su corazon este sublime y nuevo mandato.

Consumada en la cumbre del calvario la obra mas grandiosa de sabiduria y amor, fundada la Iglesia sobre la preciosa sangre que corrió en el Gólgota, era consiguiente que heredase y se perpetuase en ella aquella caridad que animaba á la víctima sacrificada. Los primeros fieles no componian mas que una sola alma y un solo corazon, y á la vista de tan sorprendente espectáculo

no es extraño que los idólatras, segun cuenta Tertuliano, exclamasen diciendo; ved como se aman los unos á los otros! Desde entonces no debemos formar mas que una familia de hermanos unidos con el lazo mas dulce que es el de la religion del crucificado.

Empero, aunque este amor del cristiano, es universal, sus entrañas de misericordia se conmueven mas tiernamente á vista del infortunio y de la humanidad doliente. Por eso el cristianismo solo él, ha inspirado en todos tiempos pensamientos verdaderamente benéficos; la Iglesia católica ha tomado á su cargo la defensa del huérfano, de la viuda y demás personas miserables: el indigente y desvalido ha encontrado siempre en ella su socorro, y el triste y desgraciado el paño de sus lágrimas. Por doquiera que el evangelio ha penetrado, y se ha anunciado la buena nueva, se han suscitado genios bienhechores que han concebido y realizado los proyectos mas útiles, las empresas mas gloriosas en favor de las victimas del infortunio y de la enfermedad. Los hospitales, hospicios y demás asilos de la indigencia ¿á quien deben su fundacion ó á lo ménos pruebas de su generosidad y desprendimiento, sino á la Iglesia y á sus hijos predilectos?

No, no se hallará un solo establecimiento de estos, que haya sido costeadado por un impio: en sus frontispicios no se leerán los nombres de Bayle, Voltaire, Espinosa y demás filósofos de su cataña. Los hombres que hacen alarde de no creer nada, llegan á olvidar que hay prógimos que padecen; no existen para ellos lágrimas que enjugar, ni miserias que socorrer. La impiedad ha dicho un sábio escritor, no tiene entrañas: no habiendo para ella nada, mas allá del sepulcro, se entrega por lo comun ó al vil interés, ó á los goces efimeros sin admitir otras satisfacciones que las del mundo y de la carne: allí está cifrada toda su dicha;

mira con preferencia el bienestar de esta vida y los placeres sensuales, como si presintiese que el mundo de los espíritus, la patria celestial nunca deberán ser suyos. ¿Qué virtudes qué actos heroicos de caridad pueden esperarse de quien así piensa y vive? ¡Ah! cuantos corazones se han helado, cuantas fuentes de vida se han secado desde que la impiedad ejerce en los pueblos su funesto influjo!

Lo mismo que de ella, puede afirmarse del protestantismo con respecto á este punto: no, no queremos decir que no se vean entre los protestantes ejemplos de compasion y beneficencia en favor de sus semejantes: empero estos son pocos y pueden considerarse como una escepcion. El protestantismo no tiene caridad en todo el rigor de esta palabra; le falta el estímulo puesto que uno de sus principios fundamentales es la inutilidad de las obras buenas para salvarse: tendrá si se quiere, filantropía, beneficencia, pero aquella virtud teológica que, es paciente y desinteresada, que no es fastuosa sino modesta, aquella caridad que por aliviar á su prójimo no solamente no huye del peligro de morir sino que lo busca y arrastra con intrepidez la muerte misma, es patrimonio esclusivo del catolicismo. Por eso hemos visto poco tiempo ha los sacerdotes católicos y no á los ministros protestantes acudir presurosos á prestar sus auxilios espirituales y aun corporales á los coléricos, aun los mas infelices y desamparados: cuando aquel terrible azote sembraba por todas partes el terror, la consternacion y la muerte, cuando hasta las personas mas interesadas huian en su primera invasion despavoridas y abandonaban sus mas caros objetos, el párroco el sacerdote de todas categorías, los prelados mismos de todos los paises y de nuestra España estaban al lado de los infestados prodigándoles todo género de consuelos. Y no solo el sacerdocio sino los lie-

les de todas clases y condiciones, revestidos de espíritu de caridad han rivalizado en arrastrar los mayores peligros y asistir con celo y desinterés á los apestados.

Hasta el sexo débil, sexo apocado por naturaleza se consagró en aquellas aciagas circunstancias á tan piadosos oficios: pero sobre todo resalta el heroismo de las hermanas de la caridad: ved como dejan sus padres, sus hermanos, su pais, su misma salud y cargando sobre si no solo las enfermedades propias, sino las de sus prójimos marchan en alas de caridad y de la obediencia á todas partes á donde las llama el grito del dolor y del infortunio. El mismo Voltaire en uno de aquellos pocos momentos de su razon les pagó un justo tributo, y confirmó nuestro tema con las siguientes palabras: «No hay en el mundo, dice, uua cosa mas grande que el sacrificio que hace el sexo delicado, de su belleza y de su juventud, por aliviar en los hospitales el cúmulo de todas las miserias humana, cuya vista humilla tanto nuestro orgullo y ofende á nuestra naturaleza. Los pueblos separados de la comunión romana no imitan sino imperfectamente una caridad tan generosa.»

Efectivamente, en vano el protestantismo inglés, interesado en probar que él tambien es una institucion fecunda y benéfica, ha querido parodiar la abnegacion y sacrificio de las heroínas católicas: el pensamiento ha fracasado en su último ensayo: su esterilidad se ha dado á conocer una vez mas, sus tentativas se han estrellado en el frio corazon de sus secuaces. Aludimos á la expedicion de unas cuantas damas inglesas á la Crimea con el objeto de asistir á los heridos de su ejército. Los diarios protestantes anunciaron á son de clarín y con cierto aire de triunfo tan extraordinaria resolucion, la reforma las vió con asombro surcar los mares para ir á enjugar las lágrimas del en-

firmes y del herido, cuando las hijas delito del Vicente de Paul los habian cruzado ya y enjugaban las del cismático y el protestante, las del católico y mahometano. Y ¿en qué han venido á parar las alharacas de los periódicos reformistas y sus lisongeras esperanzas? En haber fracasado como siempre la empresa, y haberse resfriado ó mas bien helado el primer entusiasmo.

Concluyamos pues, del mismo modo que dimos principio á este artículo con otra sentencia del Marqués de Valdegamas: «solo el católico aprende á amar, por que solo el católico recibe lo que sabe, de fuentes sobrenaturales y divinas.»

(B. E. de L.)

—o—o—o—

Pastoral

DEL SEÑOR OBISPO DE BARCELONA.

—o—

(Continuacion.)

El Espíritu-Santo habia dicho á los escritores sagrados todo lo contrario. *La fé sin las obras es muerta... Ved que el hombre se justifica por las obras, y no por la fé solamente...* Esto, y mucho mas, dice el Apostol Santiago, con quien están de todo punto acordes San Pedro y San Pablo, como tambien los santos Evangelistas. ¿Qué otra cosa es la fé sin obras, que un cuerpo sin alma, que la fé de los demonios?... La Iglesia no cesa de clamar para que sacudamos la enemiga pereza, y seamos solícitos y diligentes en el bien obrar. Apenas hay en ella cosa alguna que no sea propia para

avivar nuestro celo, á fin de que con el ejercicio de las virtudes cristianas, demostremos lo que somos, y hagamos cierta nuestra vocacion y eleccion por medio de las buenas obras. Estas sublimes máximas vienen del cielo: son las que lo conquistan, y al mismo tiempo nos hacen felices en la tierra. Nada hay mas escelente ni mas social que esta doctrina del catolicismo. Si los que rigen los destinos del mundo la secundan y promueven, afianzarán la sólida prosperidad de los pueblos, porque en ellos dominará el verdadero espíritu de Dios, único resorte para hacerlos dóciles y gobernables. Por el contrario, los errores de Lutero y secuaces acerca de estas materias vendrian á convertir la sociedad en un hato de hombres viciosos y criminales, que podrían vivir á su antojo, dando rienda suelta á sus pasiones, solo con tener una corta dosis de fé. Ni son menos falsas ni absurdas las ideas vertidas por este heresiárca en orden á la gracia, predestinacion, libre albedrío, observancia de los Mandamientos de Dios, Sacramentos y otros puntos de mayor interés religioso, y tambien social. A fin de dogmatizar mas libremente sobre ellos, no solo se desentendió del Papa, obispos y clero, si que llegó hasta tal extremo de declararles una guerra á muerte, y abolir el sacerdocio y el sacrificio.

No podemos recordar sin gloriarnos en el Señor, la defeccion pública y casi oficial de los sectarios del error, repitiendo por milésima

vez lo que, en mayor ó menor escala, ejecutaron sus antepasados. La historia moderna nos atestigua y trasmite las declamaciones de los protestantes ingleses contra el código de su pretendida religion, establecida solemnemente por sus reyes, que se dicen cabeza de ella. La solicitud de eximirse del juramento que los ligaba á la profesion de los dogmas anglicanos, y los fundamentos con que se apoyaba, eran tan obvios y tan poderosos, que á no cruzarse ciertas miras políticas, semejante formalidad se hubiese abolido. Los alemanes siguieron sus huellas, conviniendo todos en que, despues de haber resistido al oráculo infalible de la Iglesia, á las doctrinas de los santos padres y á la legítima tradicion, las decisiones de un Lutero, que lleva en su nombre y en su conducta todo el descrédito, eran muy poca cosa para fijar su creencia. Digno es por mas de un concepto el hacer aquí mencion del modo con que termina el artículo *Unitaires* del Diccionario Enciclopédico: «La religion católica, apostólica romana es incontestablemente la única verdadera, buena y segura. Pero esta religion exige al mismo tiempo de los que la abrazan una entera sumision de su razon, cuando en ella se encuentra un espíritu inquieto, sedicioso y descontentadizo, principia desde luego por hacerse juez de la verdad de los dogmas que se le proponen para creer; y echando de menos en este objeto de la fé un grado de evidencia que su naturaleza no per-

mite, se hace protestante. Descubriendo despues la inconsecuencia de los principios que caracterizan al protestantismo, busca entre los socinianos una solucion de sus dudas y dificultades, y se hace sociniano. Como del socinianismo al deísmo no hay mas que un paso, en breve le da. Colocado ya en el terreno resbaladizo del deísmo, y aburrido de las contradicciones que envuelve y del vacío que le deja, insensiblemente se ve arrastrado al pirronismo, situacion en extremo violenta, no menos humillante para el amor propio que incompatible con la naturaleza del entendimiento humano, y hé aquí á nuestro hombre al borde del ateísmo, en cuya profunda sima viene á sepultarse.»

Con efecto, A. H., una vez separado aquel de su centro, que es la verdadera Iglesia católica, apostólica, romana, recorre con menos velocidad, segun las circunstancias, estas funestas regiones do tiene su mansion el error; pero en las que mas se estaciona es en las del indiferentismo y de la incredulidad, azotes muy marcados con que el cielo castiga nuestros excesos. Si somos cuerdos, A. H., releguemos al mas soberano desprecio tales palabras y lo que ellas significan, compadeciendo á los que las estiman en algo, que están reñidos consigo mismo, con su dignidad, con su interés, con la verdadera filosofia, y en fin, con todo lo que se reputa de algun momento entre los hombres de sano criterio.

El indiferentismo es el último punto de degradacion á que puede llegar la criatura racional, y si otro hay que se equipare, es la incredulidad. Ni aquel ni esta son compatibles con la dignidad del hombre, pues que, criado á imágen y semejanza de Dios, lleva consigo la mayor nobleza, á la que parecen haber renunciado los que de tales achaques adolecen. Les damos este nombre, porque el primero apenas se concibe sin suponer un sueño letárgico en el alma, y la segunda sin una obstinada resistencia en ver, conocer y entender. Esto es todo voluntario y sobremanera criminal. Cuando el corazon está corrompido, los vapores pestilentes que él exhala inficionan y pervierten el espíritu, y así van formándose los indiferentistas é incrédulos. Sin embargo, si se les observa de cerca, y se sigue con ojo reflexivo su marcha se notará que nadie hay que lo sea menos que ellos cuando se trata de honores, ascensos y goces materiales. Los buscan con suma avidéz, y no existen hombres mas resueltos ni decididos para el caso, porque en ello cifran su presente y su porvenir. Entonces creen, y sacuden la indiferencia, pues esto es lo que entre los mismos se llaman, y lo único que se tiene por *positivo*. ¡Desgraciada sociedad la que abunda de tales vampiros! No puede darse mayor inconveniencia: pero es de muy fácil esplicacion. Todo el secreto consiste en autorizarse para pecar con mas libertad.

(Continuará.)

Tomamos del Boletín eclesiástico de Orense el siguiente art. necrológico, que no podrá menos de interesar á nuestros lectores toda vez que se refiere á un hijo predilecto de esta diócesis, á una de sus glorias, de un varon eminente y virtuoso.

«El día 5 de este mes fué un día de luto para Junquera de Ambia, y la diócesis entera, y los pobres de ella perdieron un padre en el I. Sr. Arcipreste de la santa Iglesia catedral de Orense, Dr. Don Rafael Calabozo, que entregó su alma al Criador con la alegría del justo á las cinco de la tarde en el palacio prioral.

Para poder apreciar toda la grandeza de esta alma seria necesario haber presenciado sus horribles padecimientos, su paciencia y su resignacion, seria necesario haberle oido la exhortacion tan patética como tierna y afectuosa que, despues de haber recibido en el suelo el sagrado Viático, dirigió como su última amonestacion á las muchas personas que llenaban el mayor de los salones de este palacio; acaso es aquel el momento en que mejor se conocen los hombres.

Con decir que este venerable anciano se habia formado en la escuela de acendrada caridad del Emmo. Cardenal de Quevedo de santa memoria, cuyo secretario habia sido muchos años, y el confidente mas íntimo y mas leal hasta la muerte, está hecho su elogio: sin embargo el mas cumplido lo forman sus últimos momentos. Esmerábanse sus domésticos en prodigarle á porfia todos los cuidados que exigia su lamentable y penoso estado; mas el Sr. Arcipreste ocupábase únicamente de un solo cuidado. Sus afligidos sobrinos, los sacerdotes de la parroquia, los facultativos, los ricos, en fin, y los pobres de dentro y fuera del pueblo le vieron ocupado esclusivamente en repetir los salmos penitenciales y diversas jaculatorias, aun cuando le estaban haciendo las crueles operaciones, que sufrió con admirable paciencia hasta que exhaló el último suspiro con pleno conocimiento.

Despues de haberle hecho un sumtuoso

entierro en esta insigne y estinguida colegiata, fué trasladado en el coche de la Sra. viuda del Excmo. Sr. general D. José Miranda Cabezon su cadáver embalsamado con gran acompañamiento por la villa de Allariz, en donde aquellos virtuosos párrocos, piadosas autoridades y cristiano pueblo salieron á recibirle con las insignias parroquiales, para colocarle en la capilla de S. Benito y cantarle un solemne responso y despedirle como lo verificaron hasta la salida del pueblo, en que continuó con el Sr. Alcalde de Allariz, el de Celanova y otros particulares, aumentándose el acompañamiento que creció inmensamente á la entrada de la ciudad á las seis de la tarde, hora en que le recibieron con las hachas encendidas sus dignísimos compañeros, el clero, autoridades, personas distinguidas, las cofradías, pobres del Hospicio, Mercenarias, y en una palabra, toda la poblacion, que llena del mas profundo sentimiento le acompañó hasta su casa.

Al dia siguiente le hicieron los honores fúnebres que suelen hacerse á los príncipes de la Iglesia en la catedral, y se depositaron sus restos mortales por dos dias en el cementerio y capilla, en donde tenia preparado su sarcófago, que siempre será un tratado de moral sublime, al lado del de su íntimo amigo el enunciado Excmo. Sr. Miranda. El Lunes 10 se le dió sepultura, oficiando el Señor Provisor, con la misma concurrencia. Su muerte fué sentida y llorada por el Ilmo. Prelado, el venerable dean y cabildo, por la poblacion sin distincion de personas, y por los pobres que echarán de menos sus cuantiosas limosnas, porque tenia por guia aquella caridad que es sufrida, es dulce y bienhechora, que no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente; no se ensóberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia; complacese, si, en el bien y en la verdad; empero, si algunas imperfecciones anejas á la humana fragilidad le detienen en aquel lugar donde el Señor purga las almas de Levi, colándolas como el oro y la plata, elevemos al cielo nuestras súplicas para conseguir que su alma por la misericordia de Dios

R. I. P.

Fr. Pedro Cid.

LITURGIA.

ARTICULO 24.

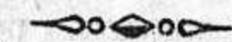
Desde el prefacio hasta el pater noster en la misa solemne.

Mientras el celebrante canta el prefacio ambos ministros sagrados permanecen colocados á su espalda uno tras otro, y hacen las mismas inclinaciones que él; y antes de las dos últimas palabras hacen genuflexion en su lugar, y suben á colocarse el diácono á la derecha y el subdiácono á la izquierda del celebrante, y todos tres, igualmente inclinados, dicen el *Sanctus*, y en esto los acompañan igualmente los ministros inferiores cada uno en su lugar. Al *Benedictus qui venit*, todos se ponen derechos y hacen sobre sí la señal de la cruz, menos el subdiácono que para todo esto deberá apoyar la patena sobre el pecho, y con la mano izquierda pasará la hoja del misal, y en seguida, hecha genuflexion, bajará al plano y se colocará en su sitio, y entonces el diácono pasa á la izquierda del celebrante haciendo la genuflexion, bien en ambos lados, bien en medio. El maestro de ceremonias, habiendo hecho genuflexion á la izquierda del celebrante al mismo tiempo que los ministros sagrados á las últimas palabras del prefacio, pasa al lado de la epístola, ó bien se retira á la sacristia, si falta alguna cosa que prevenir allí para la elevacion. Acabado el prefacio canta el coro el *Sanctus* hasta

el *Benedictus* exclusive, y á este tiempo, donde hay costumbre de hacerlo así, se toca la campana mayor de la torre. Al mismo tiempo los dos acólitos hacen genuflexion y van á la sacristia á tomar las hachas, sin encender las velas que sirven en las misas rezadas para la elevacion, y vuelven en seguida al altar solos ó precedidos del maestro y del turiferario, y todos juntos hacen genuflexion á la espalda del subdiácono, y van á colocarse á una y otra estremidad del altar sobre el plano, bien vueltos ambos hácia el altar, bien dándose mutuamente la cara; esto segundo es mas conveniente si hubiese de darse la comunión (Ceremonial, lib. 2.º, cap. 8.º). Si la solemnidad fuere grande se procurará que haya cuatro ó seis acólitos ó coristas que saquen otras tantas hachas: en este caso los menos dignos van delante, y al llegar al altar, sin hacer la genuflexion, se van apartando hácia los extremos, dejando el sitio de enmedio para los mas dignos. El coro en acabando de cantar el *Sanctus* se pone de rodillas, y lo mismo hacen todos los ministros inferiores del altar cada uno en su sitio, menos el maestro y el turiferario. El celebrante continúa la misa de la manera ordinaria, y cuando dice *quam oblationem* hace el diácono genuflexion y pasa á la derecha del celebrante y se arrodilla, lo que

igualmente practica el subdiácono sobre el escalon mas bajo, teniendo mientras permanece de rodillas la patena apoyada sobre el pecho. El diácono mientras la elevacion, así de la hostia como del cáliz, tiene la mano derecha sobre el pecho y con la izquierda levanta un poco la fimbria de la casulla del celebrante; cuando este adora la hostia consagrada despues de haberla dejado sobre el altar, el diácono se levanta con él y descubre el cáliz con la mano derecha, y vuelve en seguida á ponerse de rodillas; despues de la elevacion del cáliz se levanta para cubrirlo y hace la genuflexion como el celebrante, y pasa al lado del evangelio, en donde repite la genuflexion y queda allí para volver las hojas cuando haya necesidad: hace tambien los signos que el celebrante, y se inclina como él, escepto al *suplices te rogamus*, y á las oraciones antes de la comunión.

(Continuará.)



AVISO.



En Astorga y villa de Palacios de la Valduerna, procedentes de sus criaderos, vende Sanguijuelas por mayor y menor D. Mateo Araujo, vecino de la primera.

ASTORGA.=1856.

Imprenta de D. Antonio Gullon.